

**EL CAPITALISMO
CORRECTAMENTE ENTENDIDO
LA VISION DEL HUMANISMO CRISTIANO***

Michael Novak**

El presente ensayo ofrece un análisis de los temas y preocupaciones centrales de *Centesimus annus*, teniendo como trasfondo la concepción del hombre contenida en la obra de Juan Pablo II *La persona actuante*, publicada en 1969, y sus anteriores encíclicas. A partir de la visión tripartita de la sociedad que se advierte en esta última encíclica (un sistema político libre, una economía libre y una cultura de la libertad), Michael Novak examina las exhortaciones del Papa en orden a armonizar la libertad personal (creativa y responsable) y el bien común y promover una cultura de la libertad.

* Ensayo publicado originalmente en *Faith and Reason*, Vol. 17, Nº 4 (invierno 1991). Su traducción y reproducción cuentan con la debida autorización.

** Teólogo. Director de Estudios Políticos y Sociales del American Enterprise Institute, en Washington, D. C. De su vasta obra pueden mencionarse los siguientes títulos: *The Spirit of Democratic Capitalism* (American Enterprise Institute, Simon & Schuster, 1982); *Free Persons and the Common Good* (Lanham: Madison Books, 1989) y su libro más reciente, *The Hemisphere of Liberty* (Washington D.C.: American Enterprise Institute, 1990). *Estudios Públicos* ha publicado varios ensayos suyos, entre ellos “Estructuras de verdad, estructuras de pecado”, “Las virtudes de la empresa: Reflexiones sobre la comunidad y la persona” y “Si Santo Tomás estuviera vivo hoy...”, en los números 31, 35 y 43 respectivamente.

Si en otros tiempos el factor decisivo de la producción era *la tierra* y luego lo fue *el capital*, entendido como conjunto masivo de maquinaria y de bienes instrumentales, hoy día el factor decisivo es cada vez más *el hombre* mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás.

Centesimus annus, N° 32

C*entesimus annus* estalló en el cielo de Roma, como una explosión sónica, el 2 de mayo de 1991. Ya la primera ojeada a esta nueva encíclica llevó a los comentaristas en todo el mundo a predecir que ella elevaría los términos mundiales del debate a un nuevo nivel. Elogiada de inmediato tanto por la izquierda como por la derecha, para algunos parecía ser la encíclica más importante en la serie de la cual forma parte.¹ En respuesta a las interrogantes suscitadas a raíz de los acontecimientos de 1989, en materia de economía política e instituciones sociales libres, constituye un replanteamiento clásico de la antropología cristiana.

Como Karol Wojtila, el Papa Juan Pablo II había realizado ya un importante trabajo en fenomenología, especialmente en su libro *La persona actuante*.² El mismo título del libro nos proporciona una clave para comprender la aprobación matizada que da el Papa ahora al capitalismo correctamente entendido, un capitalismo que él recomienda para su Polonia natal, para naciones otrora socialistas y para el Tercer Mundo. Esta aprobación sorprendió a muchos comentaristas. El *Financial Times* de Londres, por ejemplo, había predicho un apoyo efusivo a un socialismo más avanzado que el de Neil Kinnock, Willy Brandt y Felipe González.³ La antropología

¹ *Centesimus annus* conmemora el centésimo aniversario de la encíclica *Rerum novarum* del Papa León XIII (1891), considerada el inicio de la doctrina social católica moderna. A partir de entonces, los documentos esenciales han sido *Quadragesimo anno* (1931), de Pío XI (1931); *Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963), de Juan XXIII; *Octogesima andremius*, de Paulo V; *Laborem exercens* (1981) y *Sollicitudo rei socialis* (1987), del Papa Juan Pablo II.

² Karol Wojtila, *La persona actuante*, trad. por Andrzej Potocki (Boston: D. Reidel, 1979). Título original: *Osoba i Szin* (Dordrecht, 1969).

³ John Wyles escribió lo siguiente: "Cuando todos los discursos se hayan pronunciado y todos los escritos se hayan publicado, es muy posible que la más prominente defensa de los valores democráticos socialistas en Europa no provendrá este año de las preferencias de Willy Brandt, Felipe González o incluso de Neil

cristiana del Papa Juan Pablo II, sumada a su aguda observación del modo en que funciona el mundo, lo llevó sin embargo a otras conclusiones.

El éxito de *Centesimus annus* se debe, en todo caso, a su profundidad filosófica. Aparece en un momento en que el mundo había aprendido mucho de la amarga experiencia de la guerra ideológica de este cruentísimo siglo. De las tres grandes ideologías que marcaron el siglo veinte, fracasó primero el nacional-socialismo y luego el socialismo comunista. Desde Europa oriental, desde el Tercer Mundo, muchos le preguntan al Papa: ¿Qué viene ahora?

Juan Pablo II ve ahora una estructura social tripartita, compuesta de un sistema político libre, una economía libre y una cultura de la libertad. Dice, en efecto, que el gran debate político de este siglo se ha decidido a favor de la democracia, y que el gran debate económico se ha decidido a favor del capitalismo correctamente entendido. Insiste en que nos espera una batalla formidable en lo que concierne a la *cultura* de la libertad. Si a grandes rasgos tenemos resuelto el problema de la economía y la política, ¿cómo deberíamos modelar nuestra cultura? En la práctica, ¿cómo viviremos? Estas son las preguntas centrales que plantea *Centesimus annus* para el próximo siglo.

Perfil de *Centesimus annus*

Antes de adentrarnos demasiado en los detalles, sería conveniente tener en mente el perfil de los seis capítulos de *Centesimus annus*. Primero, Juan Pablo II emprende una “relectura” de *Rerum novarum* —cuyo centésimo aniversario celebra—, en virtud de la cual constituye una reinterpretación autorizada de *Rerum novarum*. Aunque León XIII había predicho la “futilidad” del socialismo —cuando él escribió no existía aún ningún Estado socialista—, su descripción de las consecuencias de las ideas socialistas se vio ampliamente confirmada por los sucesos de Europa oriental después de 1989.⁴

Kinnock, sino de Karol Wojtila, el Pontífice polaco cuyas concepciones, frecuentemente controvertidas, insinúan su silencioso rechazo a algunos aspectos del capitalismo liberal (...).

“El Vaticano se inquieta de verse etiquetado políticamente, pero Juan Pablo II ha sido por largo tiempo uno de los más connotados socialistas de Europa (...).

“La impresión que da el Papa es la de que encuentra muy poco más que alabar en el capitalismo liberal que en el comunismo marxista”. John Wyles, “Vatican Prepares Attack on Sins of Capitalism”, *Financial Times*, 9-10 de marzo de 1991: Sección II, p. 1.

⁴ Véase Kevin Acker, “Poisoning of the Soul: New Leaders of Russia and Central Europe Talk about the Evil Empire”, *Policy Review*, N° 55 (invierno 1991), pp. 60-65.

En el capítulo segundo Juan Pablo II examina las “cosas nuevas” que han sucedido a partir de 1891, y que nos afectan todavía hoy. Analiza las insuficiencias de la antropología socialista y describe las reformas que han transformado el “capitalismo real” de los países desarrollados, en relación a lo que era en 1891.⁵

En el capítulo tercero Juan Pablo II se detiene a reflexionar sobre los grandes acontecimientos del “año 1989”, un año de cosechas memorables en la historia de la humanidad, una catarata. Analiza las causas del colapso del socialismo y las importantes lecciones de alcance mundial que pueden extraerse de allí para todas las naciones.

En el capítulo cuarto el Papa se refiere al clásico tema cristiano de “la propiedad privada y el destino universal de los bienes materiales”. Aquí se observa cierta afinidad entre esa tradición y la doctrina liberal de Locke sobre la propiedad privada.⁶ En ésta, que constituye la parte más extensa de la encíclica, el Papa examina la compatibilidad de las econo-

⁵ El Papa Juan Pablo II dice que *Rerum novarum* “y el Magisterio social, con ella relacionado, tuvieron una notable influencia entre los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX. Este influjo quedó reflejado en numerosas reformas que se introdujeron en los ámbitos de la previsión social, las pensiones, los seguros de enfermedad y de accidentes; todo ello en el marco de un mayor respeto de los derechos de los trabajadores” (Nº 15).

“*Rerum novarum* señala la vía de las justas reformas, que devuelven al trabajo su dignidad de libre actividad del hombre. Son reformas que suponen, por parte de la sociedad y del Estado, asumirse las responsabilidades en orden a defender al trabajador contra el íncubo del desempleo. Históricamente esto se ha logrado por dos modos convergentes: con políticas económicas, dirigidas a asegurar el crecimiento equilibrado y la condición de pleno empleo; con seguros contra el desempleo obrero y con políticas de cualificación profesional, capaces de facilitar a los trabajadores el paso de sectores en crisis a otros en desarrollo”. (Nº 15).

⁶ David Little da cuenta de esta similitud: “Dios (...) ha dado el mundo (...) a la Humanidad en común”. Locke señala, en consecuencia, que todos los seres humanos comparten exactamente el mismo derecho común de utilizar la tierra para preservar la vida. Cada individuo tiene derecho a usar lo que necesita en la medida en que se respeten los derechos iguales de todos: ‘La misma ley natural que (...) nos concede la Propiedad fija también límites a esa *propiedad*’. Los hombres deben respetar siempre la igualdad de derechos de los demás, no deben malgastar tomando más de lo que necesitan, y deben dejar ‘suficiente y de igual calidad (...) en común para los demás’”.

“La idea que se expresa aquí es la de que la propiedad pertenece originalmente a todos en común; cada hombre posee, desde su nacimiento, ciertos derechos anteriores y ‘generales’ a ella. Dicho de otro modo, todos poseen el derecho a exigir no ser excluidos del acceso a los medios de supervivencia y sustento— o lo que podría denominarse el justo título a una supervivencia razonable—. En conformi-

mías políticas existentes con la dignidad de la persona humana. Aquí desarrolla su nuevo enfoque respecto de la iniciativa, la empresa, la ganancia y el capitalismo en sí.

El capítulo quinto se dedica al Estado y la cultura. El Papa hace hincapié en el Estado limitado, los contrapesos y controles democráticos, los derechos humanos y las limitaciones del Estado en lo concerniente a los derechos al bienestar, criticando con bastante severidad los actuales excesos del Estado benefactor. También se refiere a los ámbitos de la moral y la cultura, que con demasiada frecuencia se ignoran. “[S]e olvida que la convivencia entre los hombres no tiene como fin ni el mercado ni el Estado” (Nº 49). También encontramos aquí los comentarios del Papa sobre la formación de una “cultura de la paz”.

El capítulo sexto, que culmina con una nota teológica, mira hacia el futuro. El Papa considera que estamos cada vez más conscientes “de que la solución de los graves problemas nacionales e internacionales no es sólo cuestión de producción económica o de organización jurídica o social”. La mayoría de los problemas de hoy exigen también “precisos valores ético-religiosos, así como un cambio de mentalidad, de comportamiento y de estructuras” (Nº 60). Ni las más perfectas estructuras funcionarán si los ciudadanos no tienen las actitudes, hábitos y conductas apropiados.

En suma, *Centesimus annus* clama por una seria reforma de las instituciones morales y culturales de las sociedades democráticas y capitalistas —incluyendo los medios de comunicación masiva, el cine, las universidades y la familia—, de manera que la democracia y el capitalismo puedan cumplir sus mejores promesas. Ni la preservación de los espacios de libertad política alcanzados por la democracia, ni la liberación de la pobreza opresiva que ha traído consigo el capitalismo son suficientes, juntas o por separado, para satisfacer el anhelo humano de verdad y justicia. Sólo puede hacerlo una vigorosa vida cultural, inspirada en su punto cúlmine por la gracia de Dios. Entretanto, unos dos mil millones de personas pobres en este planeta viven aún al margen de sociedades políticas libres y economías libres, y su condición no puede olvidarse. Es preciso introducir reformas prácticas en el orden económico internacional.

dad con ello, todos los seres humanos poseen un derecho natural y general a utilizar la propiedad para sobrevivir”. David Little, “A Christian Perspective on Human Rights”, *Human Rights in Africa: Cross-Cultural Perspectives* (Washington: Brookings Institution, Ediciones Abdullahi Ahmed An-Na'im y Francis M. Deng 1991), p. 74.

Una antropología social cristiana

Teniendo en mente esta visión general, debería ser ahora más fácil captar la lógica interna de *Centesimus annus*. Esta lógica comienza con un examen concreto del ser humano:

No se trata del hombre abstracto, sino del hombre real, concreto e histórico: se trata de *cada hombre*. (...) [T]oda la riqueza doctrinal de la Iglesia tiene como horizonte al hombre en su realidad concreta de pecador y de justo. (Nº 53)

Ya en 1969, en su trabajo filosófico como Arzobispo de Cracovia, Wojtila había planteado su noción de “la persona actuante”, una noción de libertad, de responsabilidad, de “agencia”. Como fuente originaria de acción, la persona humana es capaz de concepciones novedosas y creativas, de inventiva, de iniciativa. La persona humana no es un mero objeto de la acción, moldeado desde el exterior, pasiva, condicionada, sino que es capaz de dar forma a su propia vida y de autodeterminarse. Posteriormente, en su primera encíclica social, *Laborem exercens* (1981), Juan Pablo II apeló a la antropología implícita en la historia de la creación según el Génesis, que es el mejor punto de partida para la indagación religiosa sobre la naturaleza y las causas de la creación de la riqueza.⁷ Y este paso desde la persona actuante de la fenomenología a la persona creativa de la historia bíblica (o a la inversa) es un paso pequeño. El Creador nos hizo a Su imagen y semejanza, nosotros somos creadores. Somos personas actuantes, y pensar en nosotros mismos como creadores resulta fácil y natural.

Cuando el joven Wojtila, aún estudiante, lidiaba por primera vez con pensadores occidentales modernos, como Scheler y Heidegger, estaba completamente seguro de que su vida transcurriría hasta el final en una sociedad regida por la ideología del “socialismo real”, en la cual la persona humana contaba muy poco. En la práctica, el trabajo socialista estaba por completo orientado a la acumulación de objetos, de cosas, sin que se considerara verdaderamente la subjetividad del trabajador. Tras días de arduo trabajo en

⁷ “En la Palabra de la divina Revelación está inscrita muy profundamente esta verdad fundamental, que el hombre, creado a imagen de Dios, participa mediante su trabajo en la obra del Creador, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado”. Juan Pablo II, *Laborem exercens*, Nº 25.

los mares helados y arriesgando sus vidas, los pescadores descubrían que la unidad de refrigeración de la bodega en que se había almacenado su producto era defectuosa y que todo el fruto de su trabajo se había podrido. Los trabajadores siderúrgicos veían que se apilaban enormes montones de barras de acero, oxidándose, porque los sistemas de distribución se habían interrumpido. En el régimen marxista nadie tenía el menor interés en que el itinerario completo de un producto, desde la idea hasta la ejecución y la entrega, fuese satisfactorio. Cada persona se sentía como una tuerca en el engranaje de otro. Se experimentaba un nuevo tipo de alienación. Juan Pablo II la describió en su segunda encíclica social, *Sollicitudo rei socialis*, en oposición, precisamente, al sentido de acción personal e iniciativa:

[El derecho a la iniciativa económica es] un derecho importante no sólo para el individuo en particular, sino además para el bien común. La experiencia nos demuestra que la negación de tal derecho o su limitación en nombre de una pretendida “igualdad” de todos en la sociedad, reduce o, sin más, destruye de hecho el espíritu de iniciativa, es decir, la *subjetividad creativa del ciudadano*. En consecuencia, surge, de este modo, no sólo una verdadera igualdad, sino una “nivelación descendente”. En lugar de la iniciativa creadora nace la pasividad, la dependencia y la sumisión al aparato burocrático que, como único órgano que “dispone” y “decide” —aunque no sea “poseedor”— de la totalidad de los bienes y medios de producción, pone a todos en una posición de dependencia casi absoluta, similar a la tradicional dependencia del obrero-proletario en el sistema capitalista. Esto provoca un sentido de frustración o desesperación y predispone a la despreocupación de la vida nacional, empujando a muchos a la emigración y favoreciendo, a la vez, una forma de emigración “psicológica”.⁸

En medio de tan amarga alienación, el énfasis de Wojtila en “la persona actuante” era absolutamente convincente. Su acento en la subjetividad creativa del trabajador desconcertó a los marxistas que habían sido designados para hacer campaña ideológica con él. El les dio vuelta la tortilla. Los obligó a discutir en terreno cristiano. Así, siendo Arzobispo de Cracovia, el Papa pudo percibir que la disputa entre el catolicismo y el marxismo o, más ampliamente, entre el humanismo y el socialismo, constituía una justa sobre el significado del hombre.

⁸ Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, N° 15.

[E]l error fundamental del socialismo es de carácter antropológico. Efectivamente, considera a todo hombre como un simple elemento y una molécula del organismo social, de manera que el bien del individuo se subordina al funcionamiento del mecanismo económico-social. Por otra parte, considera que este mismo bien puede ser alcanzado al margen de su opción autónoma, de su responsabilidad asumida, única y exclusiva, ante el bien o el mal. El hombre queda reducido así a una serie de relaciones sociales, desapareciendo el concepto de persona como sujeto autónomo de decisión moral, que es quien edifica el orden social, mediante tal decisión. (Nº 13)

Esta consideración acerca de la antropología errónea del socialismo lleva a Wojtila más allá del horizonte del individuo humano. Aquí se introduce el contexto más amplio de las relaciones sociales y los sistemas sociales: “especialmente hoy día, la doctrina social mira al hombre inserido en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna”. (Nº 54).

De esta manera, las líneas principales del *Centesimus annus* son netas y claras: el ser humano es una persona actuante, creativa, capaz de mostrar iniciativa y responsabilidad, que busca en las tres esferas principales de la vida (política, económica y cultural) instituciones que sean dignas de sus capacidades, instituciones que no ahoguen ni distorsionen su dinámica naturaleza.

No sólo no es lícito desatender desde el punto de vista ético la naturaleza del hombre que ha sido creado para la libertad, sino que esto ni siquiera es posible en la práctica. Donde la sociedad se organiza reduciendo de manera arbitraria o incluso eliminando el ámbito en que se ejercita legítimamente la libertad, el resultado es la desorganización y la decadencia progresiva de la vida social. (Nº 25).

Esta es la lección que el Papa extrae de la autodestrucción del socialismo.

Hay, además, una lección sobre la capacidad humana para el mal. Una buena broma calvinista expresa a grandes rasgos los conceptos de Juan Pablo II: “Cualquiera que diga que el hombre es totalmente depravado no puede ser totalmente malo”. Análogamente, dice el Papa: “El hombre tiende hacia el bien, pero es también capaz del mal; puede trascender su interés inmediato y, sin embargo, permanece vinculado a él.” (Nº 25).

Así, respetando el bien limitado pero genuino que hay en el hombre, el Papa nos llama a ver el bien común como una “armonía” entre el “interés

propio” y “los intereses de la sociedad en su conjunto”, cada vez que ello es posible: “El orden social será tanto más sólido cuanto más tenga en consideración este hecho y no oponga el interés personal al de la sociedad en su conjunto, sino que busque más bien los modos de su fructuosa coordinación.” (Nº 25).

Uno de los estribillos de James Madison y Alexander Hamilton, en *El Federalista*, es que lo perfecto no debería ser enemigo de lo bueno.⁹ En el mismo espíritu, el Papa prosigue:

De hecho, donde el interés individual es suprimido violentamente, queda sustituido por un oneroso y opresivo sistema de control burocrático que esteriliza toda iniciativa y creatividad. Cuando los hombres se creen en posesión del secreto de una organización social perfecta que haga imposible el mal, piensan también que pueden usar todos los medios, incluso la violencia o la mentira, para realizarla. La política se convierte entonces en una “religión secular”, que cree ilusoriamente que puede construir el paraíso en este mundo. De ahí que cualquier sociedad política, que tiene su propia autonomía y sus propias leyes, nunca podrá confundirse con el Reino de Dios.” (Nº 25).

En esta forma directa, Juan Pablo II toma por las astas el problema contemporáneo de “las personas libres y el bien común”. Era relativamente fácil establecer qué era el bien común cuando una sola tribuna, como en tiempos antiguos, estaba encargada de señalarlo. Resulta mucho más difícil, en cambio, cuando se respeta la libertad de cada persona para discernir el bien común. Es más, el bien de una sociedad en su conjunto no se alcanza, en muchos aspectos, ni por consenso ni a través de una orientación única desde arriba; por el contrario, es el fruto de numerosas personas y grupos que cumplen con excelencia sus propias tareas en forma independiente. Por ejemplo, una vida familiar sólida no se logra en toda la sociedad mediante un *diktat* desde arriba, sino cuando cada pareja de padres, en forma independiente, hace lo mejor que puede. Y las pequeñas empresas individuales no

⁹ “¿Acaso no hemos visto bastante de la falacia y la extravagancia de aquellas teorías ociosas que nos han entretenido con promesas de liberarnos de la imperfección, las debilidades y los males propios de la sociedad en cualquiera de sus formas? ¿No es acaso la hora de despertar del sueño engañoso de una edad de oro y adoptar como divisa práctica para orientar nuestra acción política el hecho de que nosotros, al igual que los demás habitantes del globo, estamos aún lejos del feliz imperio de la perfecta sabiduría y la perfecta virtud?”, *The Federalist Papers*, Ed. Clinton Rossiter (Nueva York: Mentor, 1961), Nº 6, p. 59.

se rigen por órdenes emanadas de comités de planificación, sino que alcanzan sus objetivos dentro de sus propios mercados, en sus propios nichos particulares y a su manera. Así pues, al declarar el principio de que la coincidencia entre los intereses privados y el bien público, como puede ocurrir con frecuencia, arroja resultados nada malos para la sociedad, el Papa muestra ser más que avezado en las cosas del mundo. No sólo está tomando en consideración el bien que existe en el hombre, con sus limitaciones, sino que esá manifestando, a la vez, una visión más sutil del bien común de lo que era posible antes, en un pasado menos pluralista.¹⁰

La acción individual siempre encierra riesgos, yerros y la posibilidad del fracaso. Un universo en el que la libertad sea posible es un universo abierto. El Papa Juan Pablo II subraya aquellas cosas nuevas que tienen lugar en la historia: por ejemplo, las nuevas ideas que emergieron en la crisis a la que hubo de hacer frente *Rerum novarum*,¹¹ así como los cambios que han acontecido en el mundo entre 1891 y 1991.¹² Para él, la

¹⁰ En esta coincidencia del interés propio y el interés público, véase el “acuerdo” alcanzado por Jacques Maritain, Yves R. Simon y Charles de Koninck, según se describe en “When Personal and Communal Good are One”, en Michael Novak, *Free Persons and the Common Good* (Lanham, Md.: Madison Books, 1989), pp. 30-35.

“Los estadounidenses se complacen en explicar casi todas las acciones de su vida en función del principio del interés propio correctamente entendido. Les resulta grato señalar cómo el egoísmo ilustrado los conduce permanentemente a ayudarse unos a otros y crea en ellos una disposición a dar libremente parte de su tiempo y su riqueza por el bien del Estado”. Tocqueville, *Democracy in America*, Trad. por George Lawrence, ed. J.P. Mayer (Nueva York: Anchor Books, 1969), p. 526.

¹¹ Juan Pablo II hace presente la gran cantidad de levantamientos sociales que tuvieron lugar en la época de León XIII: “La Iglesia se encontró ante un proceso histórico, presente ya desde hacía tiempo, que alcanzaba entonces su punto álgido. El factor determinante de este proceso era un conjunto de cambios radicales ocurridos en el ámbito político, económico y social, e incluso en el ámbito científico y técnico, aparte del múltiple influjo de las ideologías predominantes”.

“En el campo económico, donde confluían los descubrimientos científicos y sus aplicaciones, se había llegado progresivamente a nuevas estructuras en la producción de bienes de consumo. Había aparecido una nueva forma de propiedad: el capital, y una nueva forma de trabajo: el trabajo asalariado, caracterizado por gravosos ritmos de producción, sin la debida consideración para con el sexo, la edad o la situación familiar, y determinado únicamente por la eficiencia, con vistas al incremento de los beneficios”. (Nº 4).

“El Papa, y con él la Iglesia, lo mismo que la sociedad civil, se encontraban ante una sociedad dividida por un conflicto tanto más duro e inhumano en cuanto que no conocía reglas ni normas. Se trataba del conflicto entre el capital y el trabajo o, como lo llamaba la Encíclica, la cuestión obrera”. (Nº 5).

¹² “En algunos países y bajo ciertos aspectos, después de las destrucciones de la guerra, se asiste a un esfuerzo positivo por reconstruir una sociedad democrática

historia es un campo de ensayo y error, un conjunto de errores costosos y lecciones duramente aprendidas.¹³ Más aún, el ser humano raras veces ha conocido sociedades que sean dignas de su capacidad para la libertad, el amor, la verdad, la justicia. Estos son los valores que la raza humana anhela.

Y en este punto, el Papa pasa del análisis de la acción personal al análisis de las estructuras sociales y, en particular, de los sistemas económicos.

Capitalismo: Sí

Se dijo alguna vez que el pensamiento social del Papa estaba demasiado centrado en el individuo y carecía de sofisticación en las ciencias sociales. *Centesimus annus* procura expandir su aparato analítico de manera

inspirada en la justicia social, que priva al comunismo de su potencial revolucionario, constituido por muchedumbres explotadas y sometidas. Estas iniciativas tratan, en general, de mantener los mecanismos de libre mercado, asegurando, mediante la estabilidad monetaria y la seguridad de las relaciones sociales, las condiciones para un crecimiento económico estable y sano, dentro del cual los hombres, gracias a su trabajo, puedan construirse un futuro mejor para sí y para sus hijos. Al mismo tiempo, se trata de evitar que los mecanismos de mercado sean el único punto de referencia de la vida social y tiendan a someterlos a un control público que haga valer el principio del destino común de los bienes de la tierra. Una cierta abundancia de ofertas de trabajo, un sólido sistema de seguridad social y de capacitación profesional, la libertad de asociación y la acción incisiva del sindicato, la previsión social en caso de desempleo, los instrumentos de participación democrática en la vida social, dentro de este contexto deberían preservar el trabajo de la condición de ‘mercancía’ y garantizar la posibilidad de realizarlo dignamente”. *Centesimus annus*, N° 19.

¹³ El Papa escribe acerca del “el trágico ciclo de las guerras que sacudieron Europa y el mundo entre 1914 y 1945. Fueron guerras originadas por el militarismo, por el nacionalismo exasperado, por las formas de totalitarismo relacionado con ellas, así como por guerras derivadas de la lucha de clases, de guerras civiles e ideológicas. Sin la terrible carga de odio y rencor, acumulada a causa de tantas injusticias, bien sea a nivel internacional bien sea dentro de cada Estado, no hubieran sido posibles guerras de tanta crueldad en las que se invirtieron las energías de grandes Naciones; en las que no se dudó ante la violación de los derechos humanos más sagrados; en las que fue planificado y llevado a cabo el exterminio de pueblos y grupos sociales enteros. Recordamos aquí singularmente al pueblo hebreo, cuyo terrible destino se ha convertido en símbolo de las aberraciones adonde puede llegar el hombre cuando se vuelve contra Dios”. (N° 17).

Luego el Papa se refiere a la Guerra Fría: “Los grupos extremistas (...) encuentran fácilmente apoyos políticos y militares, son armados y adiestrados para la guerra (...) Incluso la militarización de tantos Países del Tercer Mundo y las luchas fratricidas que los han atormentado, la difusión del terrorismo y de medios

de poder contrastar no sólo las ideologías, sino los sistemas reales de economía política, tales como el socialismo real y los ejemplos existentes de democracia y de economías capitalistas.¹⁴

Con cierta sofisticación, el Pontífice distingue la esfera de lo “social” de la del “Estado”, la sociedad civil del gobierno. Enfatiza la importancia de los sindicatos libres, de las iniciativas ciudadanas y de las asociaciones libres.¹⁵ En un pasaje reminiscente de las preocupaciones de Tocqueville sobre el “nuevo despotismo suave” de las democracias, lanza una crítica

cada vez más crueles de lucha político-militar tienen una de sus causas principales en la precariedad de la paz que ha seguido a la segunda guerra mundial”. (Nº 18).

¹⁴ Juan Pablo II explica que León XIII había predicho el “socialismo real” en *Rerum novarum*: “Algunos se podrían sorprender de que el Papa criticara las soluciones que se daban a la ‘cuestión obrera’, comenzando por el socialismo, cuando éste aún no se presentaba —como sucedió más tarde— bajo la forma de un Estado fuerte y poderoso, con todos los recursos a su disposición. Sin embargo, él supo valorar justamente el peligro que representaba para las masas ofrecerles el atractivo de una solución tan simple y radical de la cuestión obrera de entonces. Esto resulta más verdadero aún si lo comparamos con la terrible condición de injusticia en que versaban las masas proletarias de las Naciones recién industrializadas”. (Nº 12).

Al describir el mundo de hoy, el Papa se esmera en distinguir la realidad de las declaraciones ideológicas, señalando con frecuencia las diferencias concretas entre los sistemas en diversos lugares del mundo. Sobre América Latina, por ejemplo, véase Nº 20; sobre Asia, Nº 22; sobre los países capitalistas y democráticos avanzados, Nº 19.

¹⁵ Juan Pablo II cita la enseñanza de León XIII en el sentido de que formar asociaciones privadas es un “derecho natural del hombre”, lo “cual significa ante todo el derecho a crear asociaciones profesionales de empresarios y obreros, o de obreros solamente. Esta es la razón por la cual la Iglesia defiende y aprueba la creación de los llamados sindicatos, no ciertamente por prejuicios ideológicos, ni tampoco por ceder a una mentalidad de clase, sino porque se trata precisamente de un ‘derecho natural’ del ser humano y, por consiguiente, anterior a su integración en la sociedad política”. (Nº 7).

“Además de la familia, desarrollan también funciones primarias y ponen en marcha estructuras específicas de solidaridad otras sociedades intermedias. Efectivamente, éstas maduran como verdaderas comunidades de personas y refuerzan el tejido social, impidiendo que caiga en el anonimato y en una masificación impersonal, bastante frecuente por desgracia en la sociedad moderna. En medio de esa múltiple interacción de las relaciones vive la persona y crece la ‘subjetividad de la sociedad’ ”. (Nº 49).

Véase también Nº 13: “La sociabilidad del hombre no se agota en el Estado, sino que se realiza en diversos grupos intermedios, comenzando por la familia y siguiendo por los grupos económicos, sociales, políticos y culturales, los cuales, como provienen de la misma naturaleza humana, tienen su propia autonomía, sin salirse del ámbito del bien común. Es a esto a lo que he llamado ‘subjetividad de la sociedad’, la cual, junto con la subjetividad del individuo, ha sido anulada por el socialismo real”.

sistémica al “Estado asistencial”, confrontando el trabajo local “vecinal” entre los pobres con la esterilidad de las relaciones burocráticas.¹⁶ En tanto que por siglos la tradición católica ha sostenido una visión positiva respecto del papel del Estado en la vida social, Juan Pablo II es especialmente cuidadoso y minucioso al establecer límites para los Estados en exceso ambiciosos de fines del siglo veinte.¹⁷

En la mente de Juan Pablo II jamás ha habido la menor duda de que las instituciones democráticas, cualesquiera sean sus defectos, constituyen

¹⁶ “Al intervenir directamente y quitar responsabilidad a la sociedad, el Estado asistencial provoca la pérdida de energías humanas y el aumento exagerado de los aparatos públicos, dominados por lógicas burocráticas más que por la preocupación de servir a los usuarios, con enorme crecimiento de los gastos. Efectivamente, parece que conoce mejor las necesidades y logra satisfacerlas de modo más adecuado quien está próximo a ellas o quien está cerca del necesitado”. (Nº 48).

Comparemos con Tocqueville: “Trato de imaginar bajo qué nuevas formas puede aparecer el despotismo en el mundo. En primer lugar, veo una innumerable multitud de hombres, semejantes e iguales, girando permanentemente en círculos, en busca de los mínimos y banales placeres con los que se hartan el alma. Cada uno de ellos, retirado al interior de sí mismo, está casi inconsciente de la suerte de los demás. La humanidad, para él, se compone de sus hijos y sus amigos personales. En cuanto al resto de sus conciudadanos, están bastante cerca, pero no nota su existencia. Los toca pero no siente nada. Vive dentro de sí y para sí; y aunque tenga una familia, al menos puede decirse que no tiene patria.

“Por sobre esta clase de hombres hay un poder inmenso, protector, que es el único responsable de asegurarles el goce y velar por su destino. Ese poder es absoluto, preocupado de los detalles, ordenado, previsor y gentil. Se asemejaría a la autoridad paterna si, como un padre, tratara de preparar al hombre para la vida, pero, por el contrario, sólo trata de mantenerlo en una perpetua infancia.

“Habiendo de este modo tomado a cada ciudadano en su poderoso puño, luego de darle forma a su antojo, el gobierno amplía su alcance para incluir a toda la sociedad. Invade toda la vida social con una red de reglas mínimas y complicadas que son al mismo tiempo nimias y uniformes, por obra de las cuales ni siquiera los hombres de mayor originalidad y de temperamento más vigoroso pueden asomar la cabeza por sobre la multitud. No quiebra la voluntad de los hombres, sino que la suaviza, la flexibiliza y la guía; raras veces impone acciones, pero con frecuencia las inhibe; no destruye nada, pero evita que nazcan muchas cosas; no es en absoluto tiránico, pero obstaculiza, restringe, debilita, ahoga e idiotiza tanto, que al final cada nación no es más que un rebaño de tímidos y esforzados animales con el gobierno como pastor”. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, trad. por George Lawrence; Ed. J. P. Mayer (Nueva York. Anchor Books, 1969), pp. 690-92.

¹⁷ Una de las incumbencias del Estado es “la de vigilar y encauzar el ejercicio de los derechos humanos en el sector económico; pero en este campo la primera responsabilidad no es del Estado, sino de cada persona y de los diversos grupos y asociaciones en que se articula la sociedad. El Estado no podría asegurar directamente el derecho a un puesto de trabajo para todos los ciudadanos, sin estructurar rígidamente toda la vida económica y sofocar la libre iniciativa de los individuos”. *Centesimus annus*, Nº 48.

la mejor salvaguarda de que disponemos para los derechos humanos. Ahora agrega que las virtudes e instituciones capitalistas, cualesquiera sean sus defectos, constituyen también la mejor protección de que disponemos para la democracia.

Con seguridad, el famoso “párrafo 42” fue el que más concitó la atención de la prensa mundial. Hasta ese momento, el Papa se había referido a los acontecimientos que han cambiado el mundo desde 1891, y en particular los sucesos de 1989, como preparación para ofrecer luego sus consejos prácticos. Así, en el párrafo 42 el Papa por fin está listo para regresar por tercera vez al problema subyacente cuya respuesta se le exige desde Polonia, Checoslovaquia, Hungría, el Tercer Mundo y muchas otras áreas: Después del colapso del socialismo, ¿qué curso de acción debemos seguir? Vale la pena reproducir su respuesta íntegra, puesto que la única respuesta razonable a esta pregunta requiere de cierta cautela en el uso del discutido término “capitalismo”.

Volviendo ahora a la pregunta inicial, ¿se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los Países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá éste el modelo que es necesario proponer a los Países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil? La respuesta obviamente es compleja. Si por “capitalismo” se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector económico, la respuesta es ciertamente positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de una “economía de empresa”, “economía de mercado”, o simplemente de “economía libre”. Pero si por “capitalismo” se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa. (Nº 42).

Punto por punto, esta réplica refleja la experiencia de aquellas naciones que desde la Segunda Guerra Mundial han conocido tanto la libertad económica como la prosperidad económica. Por ejemplo, el totalitarismo nazi había introducido graves distorsiones para la personalidad humana y, después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania debió sufrir una transformación mayor, no sólo en el ámbito económico sino también, necesaria-

mente, en términos político y moral.¹⁸ En las naciones otrora comunistas, la situación actual es similar. Así también, las naciones angloamericanas han desarrollado a través de los siglos una estructura legal de la que lentamente emergerían las instituciones políticas, económicas y culturales que, juntas, forjarían la “sociedad libre”. Incluso pensadores neoliberales como Friedrich Hayek en *La Constitución de la Libertad* y Bruno Leoni en *Libertad y Derecho* subrayan estos factores no económicos.¹⁹

¹⁸ En general, tales iniciativas procuran “mantener los mecanismos de libre mercado, asegurando, mediante la estabilidad monetaria y la seguridad de las relaciones sociales, las condiciones para un crecimiento económico estable y sano, dentro del cual los hombres, gracias a su trabajo, puedan construirse un futuro mejor para sí y para sus hijos. Al mismo tiempo, se trata de evitar que los mecanismos de mercado sean el único punto de referencia de la vida social y tienden a someterlos a un control público que haga valer el principio del destino común de los bienes de la tierra”. *Centesimus annus*, N° 19.

Alemania, después de la Segunda Guerra Mundial, debió reestructurar simultáneamente sus sistemas político, económico y moral. Con la finalidad de enfatizar tanto los “mercados” como sus restricciones político-morales, llamó a su nuevo sistema “economía social de mercado”. Véase la narración de sus éxitos y fracasos en Alan Peacock y Hans Willgerodt, *Germany's Social Market Economy: Origins and Evolution* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989).

¹⁹ Entre otras pruebas de Hayek, considérese la siguiente: “Probablemente nunca ha habido una fe genuina en la libertad, y, por cierto, ninguna iniciativa puede hacer funcionar una sociedad libre si no existe un verdadero respeto por las instituciones maduras, por las costumbres y hábitos y ‘todas aquellas garantías de la libertad que nacen de una reglamentación prescrita por largo tiempo y de antiguas modalidades’. Aunque parezca paradójico, probablemente sea cierto que una verdadera sociedad libre siempre será, en gran medida, una sociedad atada a las tradiciones”. Friedrich A. Hayek, *The Constitution of Liberty* (Chicago: University of Chicago, 1978), p. 66.

Bruno Leoni era fuertemente partidario de recurrir a la costumbre, el sentido común y el ensayo y error, antes que reformar la legislación. Manifestaba, por ejemplo: “La legislación parece ser hoy un remedio rápido, racional y de largo alcance contra toda clase de males o inconvenientes, en comparación, por ejemplo, con las sentencias judiciales, la solución de controversias a través del arbitraje privado, las convenciones, las costumbres y otras avenencias espontáneas similares por parte de los individuos (...).

“Tanto la historia romana como la inglesa nos enseñan (...) una lección totalmente distinta de la que predicán los abogados de la abultada legislación de nuestra época (...) Tanto los romanos como los ingleses compartían la idea de que la ley es algo por *descubrir* más que algo por *estatuir*, y de que nadie es tan poderoso en la sociedad como para hallarse en condiciones de identificar su propia voluntad con la Ley de la Tierra. La tarea de ‘descubrir’ la ley se confiaba en esos países a los jurisconsultos y a los jueces, respectivamente”. Bruno Leoni, *Freedom and the Law* (Los Angeles: Nash Publishing, 1961), pp. 5, 10.

En *El espíritu del capitalismo democrático* (1982), llamé a la *Gestalt* resultante un “sistema tripartito”.

El capitalismo democrático no es únicamente un “sistema de libre empresa”. No puede separarse de la cultura moral que alimenta las virtudes y valores de las que depende su existencia. No puede apartarse de una política democrática empeñada, por una parte, en un gobierno limitado, y por la otra, en muchas actividades legítimas sin las cuales es imposible una economía próspera. La inorgánica sabiduría práctica implícita en el sistema político y en el sistema moral-cultural ha afectado profundamente el funcionamiento del sistema económico. Tanto las decisiones políticas como el clima moral alentaron este desarrollo. En diversos momentos de la historia de los Estados Unidos, tanto el sistema político como el sistema moral-cultural han intervenido en forma seria, positiva y negativamente, en el sistema económico. Cada uno de los tres sistemas ha modificado a los demás.²⁰

En la segunda parte del párrafo 42, citado antes, el Papa Juan Pablo II describe cuidadosamente las funciones de los tres sistemas: económico, jurídico y moral.²¹

Como parte de la estructura tripartita, el capitalismo correctamente entendido fluye de la antropología del Papa Juan Pablo II. “En efecto, el principal recurso del hombre es, junto con la tierra, el hombre mismo. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas” (Nº 32). “El hombre —continúa— que descubre su capacidad de transformar y, en cierto sentido, de ‘crear’ el mundo con el propio trabajo (...) desempeña su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación”. (Nº 37). Y, una vez más: “El hombre se realiza a sí mismo por medio de su inteligencia y su libertad y, obrando así, asume como objeto e instrumento las cosas del mundo, a la vez que se apropia de ellas. En este modo de actuar se encuentra el fundamento del derecho a la iniciativa y a la propiedad individual”. (Nº 43).

Todavía más, la expresión de la creatividad personal mediante el trabajo contiene una dimensión social. “Mediante su trabajo el hombre se

²⁰ Michael Novak, *The Spirit of Democratic Capitalism*, 2da edición (Lanham, Md.: Madison Books, 1990), pp. 56-57.

²¹ Esta división tripartita aparece prefigurada en los tres capítulos en que se divide la Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno, *Gaudium et spes*.

compromete no sólo en favor suyo, sino también en favor de los demás y con los demás: cada uno colabora en el trabajo y en el bien de los otros. El hombre trabaja para cubrir las necesidades de su familia, de la comunidad de la que forma parte, de la Nación y, en definitiva, de toda la humanidad”. (Nº 43). En estos textos vemos la forma elemental de la lógica del Papa: desde la imagen del Creador presente en cada persona al trabajo que fluye de esa fuente. O, una vez más, desde la fecunda mente del Dios creador al ejercicio de la inteligencia y de la elección humana en la invención, la iniciativa y la empresa.

Ya en *Sollicitudo rei socialis*, el Papa había observado que “el derecho a la iniciativa económica personal” era un derecho humano fundamental, secundario únicamente del derecho a la libertad de culto.²² Tal como la libertad religiosa, la iniciativa económica también nace de la “subjetividad creativa” de la persona humana.²³ Esta línea de pensamiento llevó al Papa a discernir el papel de la empresa en la actividad económica. Israel Kirzner define la empresa como un acto de descubrimiento, un acto de reconocer ya sea un nuevo producto o servicio a suministrar para utilidad de otros o una

²² “*Los pueblos o las naciones* también tienen derecho a desarrollarse plenamente, lo cual, además de incluir (...) los aspectos económicos y sociales, debe incluir también la identidad cultural individual y la apertura hacia lo trascendente. Ni siquiera la necesidad de desarrollo puede usarse como excusa para imponer a otros nuestro propio modo de vida o nuestras propias creencias religiosas.” Nº 32.

“Cuando los individuos y las comunidades no ven rigurosamente respetadas las exigencias morales, culturales y espirituales basadas en la dignidad de la persona y la propia identidad de cada comunidad, comenzando por la familia y las sociedades religiosas, entonces todo lo demás — disponibilidad de bienes, abundancia de recursos técnicos aplicados a la vida diaria, un cierto nivel de bienestar material— resultará insatisfactorio y, a la larga, despreciable. Lo dice el Señor claramente en el Evangelio, cuando llama la atención de todos sobre la verdadera jerarquía de los valores: ‘¿De qué servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida?’”

“En el orden interno de toda nación, es muy importante que sean respetados todos los derechos, especialmente el derecho a la vida en todas las fases de la existencia; los derechos de la familia, como comunidad social básica o ‘célula de la sociedad’; la justicia en las relaciones laborales; los derechos concernientes a la vida de la comunidad política en cuanto tal, así como los derechos basados en la vocación trascendente del ser humano, empezando por el derecho a la libertad de profesar y practicar el propio credo religioso”. *Sollicitudo rei socialis*, Nº 33.

Un análisis de la libertad económica como la segunda libertad aparece en Michael Novak, *The Second Liberty*, a publicarse próximamente.

²³ El Papa relaciona la iniciativa con la subjetividad creativa en *Sollicitudo rei socialis*, cuando dice que las estructuras políticas no deben disminuir ni destruir “el espíritu de iniciativa, es decir, la subjetividad creativa del ciudadano”. (Nº 15)

nueva manera de proveerlos.²⁴ El Papa ve la creatividad operando en dichos actos de descubrimiento y discernimiento. Incluso ve en ellos una nueva forma de “capital”.

Aunque los orígenes de la palabra “capital” se remontan a una etapa económica más primitiva, cuando *capita* designaba las cabezas de ganado, y la principal forma de capital económico correspondía a la propiedad de la tierra, la misma palabra sugiere también la expresión latina *caput* (cabeza), origen de esa misma creatividad, invención, iniciativa, que el Papa observa en la “subjetividad creativa”. De hecho, el propio Papa alude al vuelco crucial desde el significado primitivo de “capital” como tierra a su moderno significado como capital humano, según debemos examinarlo ahora.

El pensamiento del Papa en este punto es paralelo al de Abraham Lincoln. En *Laborem exercens*, Juan Pablo II había afirmado “el principio de la prioridad del trabajo sobre el capital” (donde “trabajo” significaba todo tipo de trabajo, incluso el trabajo intelectual, y “capital” designaba las cosas materiales).²⁵ De igual modo, en su Primer Mensaje Anual al Congreso, el 3 de diciembre de 1861, parafraseando algunas de las expresiones que había empleado en la Feria Estatal de Wisconsin en 1859, Lincoln manifestaba lo siguiente:

El trabajo es anterior al capital e independiente de él. El capital es sólo el fruto del trabajo, y no podría existir si no existiese primero el trabajo. El trabajo es superior al capital y merece la más elevada consideración. El capital tiene sus derechos, que son tan dignos de protección como cualquier otro derecho. Tampoco se niega que haya y que probablemente siempre habrá una relación entre trabajo y

²⁴ Kirzner describe su trabajo como una “tentativa de comprender el carácter sistemático del proceso capitalista en términos de descubrimiento empresarial”. Dice: “Para comprender las fuerzas que actúan sistemáticamente en los mercados, debemos introducir en nuestro análisis el elemento de *descubrimiento* involuntario pero motivado”.

“Una mala asignación de recursos ocurre porque, hasta ese momento, los participantes en el mercado no han notado la discrepancia de precios que se produce. Esta discrepancia de precios se presenta como una oportunidad a ser explotada por su descubridor. *La dimensión más impresionante del sistema de mercado es la tendencia a descubrir tales oportunidades.*” Israel Kirzner, *Discovery and the Market Process* (Chicago: University of Chicago Press, 1985), pp. 14; 30.

²⁵ “Este principio concierne directamente al proceso de producción: en este proceso, el trabajo es siempre una causa eficiente primaria, en tanto que el capital, el conjunto total de los medios de producción, sigue siendo un mero instrumento o causa instrumental”. Juan Pablo II, *Laborem exercens*, N° 12.

capital, que rinde mutuos beneficios. El error es suponer que todo el trabajo de la comunidad tiene lugar dentro de esa relación.²⁶

Pero Lincoln veía también que la principal fuente de riqueza era la inteligencia humana, y su homenaje al papel que desempeña la invención en la extracción de la riqueza de las ocultas dávidas de la creación fue muy elocuente.²⁷ Análogamente, veía en la Cláusula de Patentes y Derechos de Autor de la Constitución de los EE. UU. un notable incentivo para los inventores y creadores, y, por consiguiente, uno de los más grandes aportes históricos a la libertad humana, ya que la perspectiva de la propiedad temporal de las ideas (de las ideas como propiedad) “añadía el combustible del *interés* al *fuego* del genio”.²⁸ El Papa dice:

[La tierra] por su misma fecundidad y capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, es el primer don de Dios para el sustento de la vida humana. Ahora bien, la tierra no da sus frutos sin una peculiar respuesta humana al don de Dios, es decir, sin el trabajo. Es mediante el trabajo como el hombre, usando su inteligencia y su libertad, logra dominarla y hacer de ella su digna morada.

A lo largo de la historia, en los comienzos de toda sociedad humana, encontramos siempre estos dos factores, el trabajo y la tierra; en cambio, no siempre hay entre ellos la misma relación. En otros tiempos la *natural fecundidad de la tierra* aparecía, y era de hecho,

²⁶ Abraham Lincoln, *Mensaje Anual al Congreso*, 3 de diciembre de 1861, en *Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865*, Don E. Fehrenbacher (ed.) (Nueva York: Library of America, 1989), p. 296.

²⁷ “No conozco nada tan grato para la mente como el descubrimiento de algo que es a la vez *nuevo* y *valioso*, nada que alivie y dulcifique tanto el esfuerzo como la búsqueda esperanzada de tal descubrimiento. Y qué vasto y variado campo para el descubrimiento es el de la agricultura. La mente, ya entrenada en el pensamiento, en la escuela rural o superior, no puede menos que hallar allí una fuente inagotable de goce útil. Cada brizna de pasto es un estudio; y producir dos allí donde sólo había uno es al mismo tiempo beneficio y placer”. Lincoln, “Address to the Wisconsin State Agricultural Society”, Milwaukee, Wisconsin, 30 de septiembre de 1859, en *Abraham Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865*, *op. cit.*, p. 99.

²⁸ Sobre las leyes de patentes, Lincoln dice: “Estas comenzaron en Inglaterra en 1624; y en nuestro país, con la adopción de la constitución [sic]. Antes de ello, cualquier hombre podía utilizar de inmediato lo que otro hubiera inventado, de manera que el inventor no obtenía ventajas especiales de sus propios inventos. El sistema de patentes cambió esta situación: garantizó al inventor, por un tiempo limitado, el uso exclusivo de su invento, y de esta manera agregó el combustible del *interés* al *fuego* del genio en el descubrimiento y producción de cosas nuevas y útiles”. Abraham Lincoln, *op. cit.*, p. 11.

como el factor principal de riqueza, mientras que el trabajo servía de ayuda y favorecía a tal fecundidad (...) En nuestro tiempo es cada vez más importante *el papel del trabajo humano* en cuanto factor productivo de las riquezas inmateriales y materiales.

El trabajo es tanto más fecundo y productivo, cuanto el hombre se hace más capaz de conocer las potencialidades productivas de la tierra y ver en profundidad las necesidades de los otros hombres, para quienes se trabaja. (Nº 31).

Como Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, el Papa considera que el trabajo construye, por decirlo así, la trama tácita, experimental, evolutiva de una “Gran Sociedad”.²⁹ “[E]s evidente que el trabajo de un hombre se conecta naturalmente con el de otros hombres. Hoy más que nunca, trabajar es trabajar con otros y trabajar para otros: es hacer algo para alguien”. (Nº 31).

²⁹ En lo que Hayek llama la “Gran Sociedad”, los productos y servicios de cada cual benefician por lo general a personas que no conocemos. La mayor productividad de tal sociedad se apoya en una división del trabajo que va mucho más allá del rango que una sola persona puede abarcar. Esta extensión del proceso de intercambio, trascendiendo los grupos relativamente pequeños para incluir a grandes cantidades de personas que no se conocen entre sí, ha hecho posible conceder al extraño e incluso al extranjero las mismas reglas de protección de la justa conducta que se aplican a las relaciones entre los miembros conocidos de nuestro propio pequeño grupo (...). ”

“La Gran Sociedad surgió del descubrimiento de que los hombres pueden vivir juntos en paz y beneficiándose mutuamente, sin tener que estar de acuerdo en los objetivos particulares que cada cual persigue por separado. El descubrimiento de que la sustitución de las reglas abstractas de comportamiento por fines concretos obligatorios hacía posible extender el orden de la paz más allá de pequeños grupos que persiguen objetivos afines, porque así cada individuo quedaba en condiciones de beneficiarse con los conocimientos y habilidades de otros a los que no necesitaba conocer y cuyos objetivos podían ser totalmente distintos de los suyos”. Hayek, *The Mirage of Social Justice*, pp. 88, 109.

Y bajo el encabezamiento “Gran Sociedad”, Mises dice: “La sociedad es la acción y la cooperación conjunta en la que cada participante ve el éxito de su socio como un medio para lograr el propio.

“El creciente influjo de la idea de que ni siquiera en la guerra cualquier acto es permisible, de que hay actos de guerra legítimos e ilícitos, de que hay leyes, es decir, relaciones societales que se encuentran por encima de todas las naciones, incluso de aquellas que momentáneamente se están batiendo, ha dado lugar, finalmente, a la Gran Sociedad que incluye a todos los hombres y a todas las naciones. Las diversas sociedades regionales se fundían en una sociedad ecuménica.

“La sociedad (...) siempre implica seres humanos que actúan en cooperación con otros hombres a fin de permitir que todos los participantes alcancen sus propios fines”. Ludwig von Mises, *Human Action* (New Haven: Yale University Press, 1949), pp.168- 169.

En una extraña forma, entonces, el capitalismo moderno centra cada vez más su atención en *caput*, en factores tales como el conocimiento, la comprensión, el descubrimiento, la empresa y la indagación. El “capital humano” pasa a ser la principal fuente de riquezas de las naciones, incluso más importante que los recursos naturales. Los casos de Japón y Brasil ilustran claramente este punto: uno de ellos carece de recursos naturales pero es muy rico; el otro posee grandes recursos naturales pero es muy pobre.³⁰

De este modo dilucida el Papa el nuevo significado de “capital”:

³⁰ Véase Michael Novak, *This Hemisphere of Liberty* (Washington, D.C.: The AEI Press, 1990), p. 51: “Aquellos que desean liberar a los seres humanos de la pobreza dentro de sus naciones deberían dirigir su atención a la fuente primaria: las mentes y espíritus de los ciudadanos que se hallan *en el fondo* de la sociedad. La causa de la riqueza de las naciones radica en que esas personas puedan ejercer sus potencialidades. Procurar el desarrollo de las potencialidades de la población es el primer paso indispensable hacia un rápido desarrollo económico”.

Amplió este punto en otro lugar: “La esencia de la idea capitalista es comenzar *por el fondo*, dejando en libertad la creatividad económica de los pobres. Varias naciones del sudeste asiático (Hong Kong, Singapur, Taiwan y Corea del Sur) observaron las lecciones a ser extraídas del socialismo fabiano de la India y del socialismo comunista en China y Corea del Norte. También observaron el caso de Japón. Tal como Japón, habían sufrido en la guerra. Sus condiciones de vida eran sumamente insuficientes. Prácticamente carecían de recursos naturales. Su población, ya numerosa, crecía rápidamente. El ingreso per cápita en Taiwan era increíblemente bajo en 1945: US\$70. En 1980 había llegado a US\$2.280. El PNB real de Taiwan se duplicaba cada siete años, y en 1980 era *once* veces mayor que en 1952. La indigencia desapareció, y la distribución del ingreso en Taiwan es una de las más parejas del mundo. El caso de Corea del Sur es similar: no solamente padeció la dura represión japonesa durante la Segunda Guerra Mundial, sino que además soportó los horribles rigores de la prolongada guerra de Corea, de 1949 a 1953. En 1962, el ingreso per cápita era de US\$87. Veinte años después, era de US\$1.600. El aumento promedio de los salarios reales superó el siete por ciento anual durante los mismos veinte años”. Michael Novak, *Will It Liberate? Questions about Liberation Theology* (Mahwah, N.J.: Paulist Press, 1986), p. 90.

El Papa entrega una fundamentación similar en cuanto a la necesidad de dejar fluir el potencial creativo de los pobres: “He ahí la deseada cultura que hace aumentar la confianza en las potencialidades del pobre y, por tanto, en su capacidad de mejorar la propia condición mediante el trabajo y contribuir positivamente al bienestar económico. Sin embargo, para lograr esto, el pobre —individuo o Nación— necesita que se le ofrezcan condiciones realmente asequibles.” (*Centesimus annus*, N° 52). Y se refiere a los medios más importantes para crear riqueza: “En nuestra época, en particular, existe otra forma de propiedad que está llegando a ser no menos importante que la tierra: la posesión de conocimientos, tecnología y pericia. La riqueza de las naciones industrializadas se basa mucho más en este tipo de propiedad que en los recursos naturales”.

Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra: es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber. En este tipo de propiedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las Naciones industrializadas. (Nº 32).

El énfasis que pone el Papa en la “comunidad del trabajo” lo lleva también a apreciar la “capacidad empresarial”. No es tan fácil discernir con exactitud cómo conjugar las necesidades humanas con los recursos humanos en forma productiva y eficiente; en muchos países, el fracaso, y no el éxito económico, parece ser la regla actual. El Papa revela una clave para evitar el fracaso, en una especie de predicción:

Quien produce una cosa lo hace generalmente —aparte del uso personal que de ella pueda hacer— para que otros puedan disfrutar de la misma, después de haber pagado el justo precio, establecido de común acuerdo después de una libre negociación. Precisamente la capacidad de conocer oportunamente las necesidades de los demás hombres y el conjunto de los factores productivos más apropiados para satisfacerlas es otra fuente importante de riqueza en una sociedad moderna. (Nº 32).

Como Von Mises, el Papa subraya los aspectos sociales de la actividad empresarial. Un sistema económico libre no es más que un sistema social de intercambio, basado en el acuerdo voluntario. El Papa sigue de cerca esta lógica:

Por lo demás, muchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un solo individuo, sino que exigen la colaboración de muchos. Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo esto es también una fuente de riqueza en la sociedad actual. Así se hace cada vez más evidente y determinante el papel del trabajo humano, disciplinado y creativo, y el de las capacidades de iniciativa y de espíritu emprendedor, como parte esencial del mismo trabajo. (Nº 32).

En este punto, todo lo que el Papa ha escrito hasta ahora acerca de la persona actuante, respecto de la subjetividad creativa y acerca del derecho fundamental a la iniciativa económica personal encaja en el lugar que le corresponde. Está ya en condiciones de entregar un juicio sistémico:

Dicho proceso, que pone concretamente de manifiesto una verdad sobre la persona, afirmada sin cesar por el cristianismo, debe ser mirado con atención y positivamente. En efecto, el principal recurso del hombre es, junto con la tierra, el hombre mismo. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas. Es su trabajo disciplinado, en solidaria colaboración, el que permite la creación de comunidades de trabajo cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano. (Nº 32).

Tampoco deja de lado las virtudes que se requieren para cumplir esta tarea:

En este proceso están comprometidas importantes virtudes, como son la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de fortuna. (Nº 32).

La base de “la economía de empresa moderna”, expresa el Papa, “es la libertad humana ejercida en el ámbito económico”. (Nº 32). Este es un reconocimiento muy importante. A la aprobación papal de la vida política en libertad de la democracia, agrega la aprobación de una vida económica libre, y en ambos casos la libertad implica responsabilidad.

Esta aprobación se necesita porque los sistemas económicos de hoy son diferentes de los de ayer:

Hay, además, diferencias específicas entre estas tendencias de la sociedad moderna y las del pasado incluso reciente. Si en otros tiempos el factor decisivo de la producción era la tierra y luego lo fue el capital, entendido como conjunto masivo de maquinaria y de bienes instrumentales de producción, hoy día el factor decisivo es cada vez más el hombre mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás. (Nº 32).

El Papa estima necesario incluso decir unas palabras en favor de la ganancia como “regulador de la vida de la empresa”: “La Iglesia reconoce la justa función de los beneficios, como índice de la buena marcha de la empresa. Cuando una empresa da beneficios significa que los factores

productivos se han empleado adecuadamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente” (Nº 35). Como muchos buenos textos contemporáneos sobre las empresas y los negocios, el Papa subraya asimismo que la ganancia “no es el único” regulador de la vida de una empresa; “junto con ellos hay que considerar otros factores humanos y morales que, a largo plazo, son por lo menos igualmente esenciales para la vida de la empresa” (Nº 35). Quienes escriben sobre las empresas subrayan el papel crucial que desempeñan en ellas las “relaciones humanas”; el Papa habla de la empresa como de “una comunidad de hombres (...) [que] constituyen un grupo particular al servicio de la sociedad entera” (Nº 35).

Los límites del capitalismo

Sin embargo, Juan Pablo II no olvida los costos del nuevo capitalismo moderno basado en la creatividad humana, cuya otra cara es, necesariamente, lo que Joseph Schumpeter denominaba “la destrucción creativa”.³¹ El Papa señala que “la incesante transformación de los modos de producción y de consumo devalúa ciertos conocimientos ya adquiridos y profesionalidades consolidadas, exigiendo un esfuerzo continuo de recalificación y puesta al día” (Nº 33). Se preocupa en especial de los mayores, de los jóvenes que no logran encontrar trabajo, y “en general, de los más débiles”. Se refiere a los más vulnerables dentro de las sociedades avanzadas como “el Cuarto Mundo”. Hace presente la meta aún inconclusa de *Rerum novarum*, “el salario suficiente para la vida de familia, los seguros sociales para la vejez y el desempleo, la adecuada tutela de las condiciones de trabajo”. (Nº 34).

El Papa se preocupa también de distinguir el capitalismo correctamente entendido del capitalismo “primitivo” o “temprano”, que *no* merece su aprobación. Hay tres situaciones que él *no* aprueba: (i) el capitalismo que significa el “predominio de las cosas sobre la gente”, (ii) aquellas donde

³¹ “La apertura de nuevos mercados, extranjeros y nacionales, y el desarrollo organizacional, desde el taller artesanal y las manufacturas hasta conglomerados como la U.S. Steel, ilustran el mismo proceso de mutación industrial (...) que revoluciona incesantemente la estructura económica *desde dentro*, destruyendo de manera permanente la vieja estructura y creando sin cesar otra nueva. Este proceso de Destrucción Creativa es el hecho esencial del capitalismo”. Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (Nueva York: Harper & Row, 1950), p. 83.

están vigentes todavía “las reglas del capitalismo primitivo, junto con la despiadada situación que no tiene nada que envidiar a la de los momentos más oscuros de la primera fase de industrialización”, y (iii) aquellos casos en los que la tierra “sigue siendo el elemento principal del proceso económico, con lo cual quienes la cultivan, al ser excluidos de su propiedad, se ven reducidos a condiciones de semi-esclavitud” (Nº 33).

Juan Pablo II, en cambio, está *a favor* de “una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación” (Nº 35), expresiones que evocan la alabanza de Lincoln a una sociedad de trabajo libre, en oposición al trabajo esclavo.³² El Papa agrega:

³² En un discurso en New Haven, Connecticut, en 1860, Lincoln señalaba: “Me alegro de ver que en Nueva Inglaterra prevalece un sistema laboral en el que los trabajadores *pueden* ir a la huelga cuando lo deseen, donde no están obligados a trabajar bajo cualquier circunstancia, ni están atados y obligados a trabajar, ya sea que ustedes les paguen o no. *Me gusta* este sistema que permite a un hombre irse cuando lo desee; ojalá prevaleciera en todas partes. Precisamente ésta es una de las razones por las que me opongo a la esclavitud. ¿Cuál es la verdadera condición del trabajador? Entiendo que es mejor para todos dejar a cada hombre en libertad de adquirir propiedad tan pronto como pueda hacerlo. Algunos se harán ricos. Yo no creo en una ley que prohíba al hombre enriquecerse: haría más daño que bien. De manera que, junto con no declarar guerra alguna al capital, deseamos ofrecer hasta al más humilde de los hombres una oportunidad igual de hacerse rico como cualquier otro. Cuando se comienza en la pobreza, como lo hace la mayoría en la carrera de la vida, la sociedad libre es tal que uno sabe que puede mejorar su condición; sabe que no tiene una condición de trabajo fija para toda su vida. No me avergüenza confesar que hace veinticinco años fui un trabajador asalariado, que aporreaba rieles a bordo de una barcaza, tal como podría hacerlo cualquier hijo de hombre pobre. Deseo que todo hombre tenga la oportunidad —y creo que el hombre negro tiene derecho a ella— de *poder* mejorar su condición y poder mirar hacia adelante con la esperanza de ser un trabajador asalariado este año y el siguiente, para luego trabajar por cuenta propia y, finalmente, contratar hombres que trabajen para él. Ese es el verdadero sistema”. Lincoln, “Discurso en New Haven, Connecticut”, en *Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865, op cit.*, p. 144.

“Una vez más: como ya se ha dicho, no existe cosa tal de que el trabajador libre asalariado esté atado necesariamente de por vida a su condición. Muchos hombres independientes, en muchos lugares de estos Estados, fueron trabajadores asalariados hace unos cuantos años. En este mundo, el principiante prudente que comienza sin un centavo, trabaja por un salario durante un tiempo, ahorra un excedente con el cual comprar herramientas o tierras propias, luego trabaja por cuenta propia durante otro tiempo y, finalmente, contrata a otro principiante para que le ayude. Este es el sistema justo, generoso y próspero, que a todos abre caminos y da esperanzas, y en consecuencia proporciona energía, progreso y un mejoramiento de la condición de todos”. Lincoln, “Mensaje Anual al Congreso”, 3 de diciembre de 1861, en *Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865, op. cit.* pp. 296-297.

Esta sociedad tampoco se opone al mercado, sino que exige que éste sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad. (Nº 35).

Las palabras “controlado oportunamente” excluyen una versión pura de *laissez-faire*, mas son concordantes con el concepto de sociedad tripartita mencionada en el Nº 42. “Sociedad” se distingue de “Estado”, las instituciones morales y culturales de la sociedad civil se distinguen de los órganos políticos de gobierno. Tanto la sociedad como el Estado controlan, equilibran y regulan la economía. El Papa no se refiere a un método socialista de “control”, lo que se hace evidente en la oración anterior, en la que el Papa se expresa con claridad meridiana: “lo que se propone como alternativa no es el sistema socialista”.

En el mismo espíritu, el Papa ya ha dicho que es inaceptable “la afirmación de que la derrota del socialismo deje al capitalismo como único modelo de organización económica”. (Nº 35). Pero aquí, como en otros lugares del texto, su cura para el capitalismo defectuoso es un capitalismo de tipo más equilibrado, abierto y ordenado. En efecto, de inmediato propone un remedio:

Hay que romper las barreras y los monopolios que dejan a tantos Pueblos al margen del desarrollo, y asegurar a todos —individuos y Naciones— las condiciones básicas, que permitan participar en dicho desarrollo. Este objetivo exige esfuerzos programados y responsables por parte de toda la comunidad internacional. Es necesario que las Naciones más fuertes sepan ofrecer a las más débiles oportunidades de inserción en la vida internacional; que las más débiles sepan aceptar estas oportunidades, haciendo los esfuerzos y los sacrificios necesarios para ello, asegurando la estabilidad del marco político y económico, la certeza de perspectivas para el futuro, el desarrollo de las capacidades de los propios trabajadores, la formación de empresarios eficientes y conscientes de sus responsabilidades. (Nº 35).

Análogamente, en el Nº 42, después de presentar el capitalismo correctamente entendido, el Papa critica una vez más “una ideología radicalmente capitalista”.

Ingentes muchedumbres viven aún en condiciones de gran miseria material y moral. El fracaso del sistema comunista en tantos Países elimina ciertamente un obstáculo a la hora de afrontar de manera adecuada y realista estos problemas; pero eso no basta para resolver-

los. Es más, existe el riesgo de que se difunda una ideología radical de tipo capitalista, que rechaza incluso el tomarlos en consideración, porque *a priori* considera condenado al fracaso todo intento de afrentarlos y, de forma fideísta, confía su solución al libre desarrollo de las fuerzas de mercado. (Nº 42).

Por “ideología radicalmente capitalista” parece referirse a una confianza absoluta en los mecanismos del mercado y a un razonamiento exclusivamente económico. En los Estados Unidos, solemos llamar “Libertarismo” a esa postura. Es la posición de una ínfima minoría.

Curiosamente, sin embargo, Juan Pablo II prefiere llamar al capitalismo que él aprueba “*economía de empresa, economía de mercado, o simplemente economía libre*”. Ello se debe probablemente al uso europeo de la palabra “capitalismo”.³³ Personalmente prefiero hablar de “capitalismo democrático” más que de “economía de mercado” para evitar una impresión de libertarismo, es decir, de un enfoque concentrado exclusivamente en el sistema económico. Porque en las sociedades avanzadas, en realidad, las instituciones de orden político y jurídico, así como las instituciones de carácter cultural, intervienen, modifican y “controlan” enormemente el sistema económico. La expresión “capitalismo democrático” capta mejor esta complejidad.³⁴

El Papa señala también tres límites al principio del libre mercado: (i) el mercado no satisface muchas de las necesidades humanas; (ii) algunos bienes “no pueden y no deben ser comprados ni vendidos”; y (iii) grupos enteros de personas carecen de los recursos para poder incorporarse al mercado, y necesitan asistencia desde fuera de éste.

Además de la responsabilidad cristiana y humana primaria de asegurar ayuda para los pobres, Juan Pablo II ve otros imperativos morales que

³³ Escribiendo desde Italia, por ejemplo, Rocco Buttiglione señala que mientras en Estados Unidos “el capitalismo es un mundo perfectamente positivo y respetable”, en Europa “por lo general, tenemos una percepción diferente del mismo mundo. Aquí, en cambio, por capitalismo se entiende la explotación de grandes masas por parte de una elite de magnates que disponen de los recursos naturales e históricos de la tierra y expropian y reducen a la pobreza a grandes masas de campesinos y artesanos”. Rocco Buttiglione, “Behind *Centesimus Annus*”, *Crisis*, vol. 9, Nº 7 (julio-agosto de 1991), p. 8.

³⁴ El “capitalismo democrático” tiene además otras tres ventajas. En el orden político, acentúa el ideal democrático; en el orden económico moderno subraya el papel de *caput* o “capital humano”, y constituye un paralelo cercano a la expresión clásica de “economía política”. (Esta expresión *no* significa que la economía sea “política”, y su paralelo *no* significa que el capitalismo sea internamente “democrático”).

rodean y permean las actividades económicas. Debe tenerse cuidado de no dañar al medio ambiente; el bien común de todos debe ser objeto de servicio y no de violaciones; los seres humanos deben ser tratados como fines, no como medios, respetándose su dignidad; deben ampliarse los esfuerzos para establecer un marco favorable a la creatividad, el pleno empleo, un salario familiar digno, un seguro social para diversas contingencias. Las metas a las que se debe abocar la buena sociedad son múltiples. Ningún sistema se halla en mejores condiciones para alcanzar estos objetivos que el sistema de mercado, pero para que éste pueda ser considerado totalmente bueno, debe alcanzarlos en la realidad.

Respecto del crecimiento de la población, la idea de Juan Pablo II de que el capital humano es el principal recurso de los países se encuentra ya lo suficientemente madura como para ulteriores desarrollos. Aquellos que dicen dogmáticamente que los países densamente poblados deben ser pobres, o que una población numerosa es causa de la pobreza, no han pensado seriamente en Japón, Hong Kong u Holanda. La especial importancia que el Papa asigna a la capacidad creadora de cada ser humano explica por qué esos países densamente poblados pueden ser ricos. Nos sugiere que cada persona puede crear más de lo que consume en el curso de su vida. Este es el verdadero principio del progreso económico. La causa de la pobreza no es la “sobrepoblación” sino, por el contrario, un sistema de economía política que reprime la creatividad económica que Dios ha puesto en cada mujer y en cada hombre. Los países no deben reprimir esa capacidad creadora.

La liberación de los pobres

Centesimus annus contiene numerosas implicancias prácticas. Aunque muchas de ellas afectan principalmente a las instituciones políticas y moral/culturales, desearía concentrarme en aquellas que conciernen a la liberación de los pobres de su condición.

La Teología de la Liberación en América Latina merece reconocimiento por haber atraído las miradas del mundo hacia los pobres del mundo, especialmente en América Latina y Africa. Pero los teólogos de la liberación hicieron un análisis erróneo de la dinámica de la pobreza. En la mayoría de los casos, se apoyaron en categorías marxistas disfuncionales y pasadas de moda. Al llamar “socialismo” a su sueño de liberación, también calcularon mal, de modo que los acontecimientos de Europa oriental han enviado ondas de choque que atraviesan todo su sistema de análisis. Basa-

ban sus esperanzas en teorías económicas erróneas del siglo diecinueve relativas a la abolición de la propiedad privada, la lucha de clases, la teoría del valor y el juego de suma cero entre “opresores y oprimidos”. Es más, millones de europeos orientales se sublevaron contra la estrategia de satisfacer las “necesidades básicas” de la gente, una estrategia adecuada para animales enjaulados, pero intolerable para los seres humanos. Así, los teólogos de la liberación que alguna vez atribuyeron la pobreza de América Latina a la excesiva “dependencia” respecto de Europa y de América del Norte, ahora están preocupados de que la atención de Europa y de América del Norte se vuelque a las necesidades de Europa oriental, dejando a América Latina en una situación de excesiva “independencia”.³⁵

Resumiendo, los teólogos de la liberación llamaron la atención sobre el problema, pero hicieron poco para resolverlo, y tal vez, incluso, retardaron su solución en una generación. Con todo, la amarga condición de los pobres queda aún por afrontarse.

Aproximadamente mil millones de personas viven bajo sistemas que reprimen sus capacidades creativas y las dejan desposeídas, esto es, en una pobreza tan cruel que se ven privadas de un consumo diario normal de calorías. La prolongación de tales regímenes represivos es un escándalo moral. Y puesto que es posible ponerle fin, es imperioso hacerlo. La clave para acabar con ello se encuentra descrita en *Centesimus annus*: deben eliminarse de raíz las leyes e instituciones que reprimen la capacidad creadora de los individuos. En gran parte del Tercer Mundo, por ejemplo, aunque la mayoría de los pobres no son ni proletarios ni campesinos sino empresarios, es virtualmente imposible que ellos, en las condiciones actuales, tengan asegurados su derechos de propiedad, ni pueden establecer tampoco sus propias empresas en forma económica y expedita, ni obtener créditos legales a bajas tasas de interés, ni completar la escuela elemental, ni recibir capacitación técnica básica u obtener asesoría y apoyo para hacer prosperar sus negocios.³⁶ En una palabra, la creatividad económica se encuentra casi tan asfixiada en los sistemas tradicionalistas del Tercer Mundo como en los otrora sistemas comunistas.

Análogamente, dentro de las sociedades avanzadas, el olvido de importantes factores humanos en el diseño del “Estado asistencial” tiene

³⁵ Véase Michael Novak, “Liberation Theology - What’s Left”, en *First Things*, 14 (junio/julio de 1979), pp. 10-12.

³⁶ La evaluación más completa de estos problemas aparece en el esclarecedor trabajo de Hernando de Soto, *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World*, trad. por June Abbott (Nueva York: Harper & Row, 1989).

efectos deshumanizantes sobre los “clientes” del bienestar. En toda sociedad habrá por necesidad una fracción importante de la ciudadanía que carecerá de ingresos suficientes, sea por razones de edad (demasiado viejos o demasiado jóvenes), incapacidad, enfermedad o mala suerte. Algunos se hallarán en tal estado en forma permanente, otros sólo en forma transitoria. Una buena sociedad debe asistir a estas personas. De preferencia, como observa el Papa, esto debe hacerse en conformidad con el principio de subsidiariedad, poniendo énfasis en la ayuda local y “vecinal”, a través de la familia, los amigos, los vecinos, las Iglesias, los sindicatos, las sociedades fraternas u otras agrupaciones.³⁷ Nos viene a la memoria la importancia que Edmund Burke otorgaba a “los pequeños grupos” de la sociedad.

Sin embargo, en sociedades grandes, continentales, de gran movilidad, como los Estados Unidos, y tal vez en todas las sociedades modernas, la ayuda local necesitará el apoyo de una red de seguridad nacional. Ello no está libre de riesgos de impersonalidad, costos exorbitantes y efectos no deseados sobre la conducta, a los que el Papa dedica su atención en el N° 48.³⁸ Las personas sanas de entre los dieciocho y sesenta y cuatro años de edad son capaces de notables iniciativas, autodesarrollo y creatividad; estas capa-

³⁷ Véase, por ejemplo, *Centesimus annus*, N° 13 y N° 49: “Además de la familia, desarrollan también funciones primarias y ponen en marcha estructuras específicas de solidaridad otras sociedades intermedias. Efectivamente, éstas maduran como verdaderas comunidades de personas y refuerzan el tejido social, impidiendo que caiga en el anonimato y en una masificación impersonal, bastante frecuente por desgracia en la sociedad moderna. En medio de esa múltiple interacción de las relaciones vive la persona y crece la ‘subjetividad’ de la sociedad” (N° 49).

³⁸ Una incumbencia del Estado es “la de vigilar y encauzar el ejercicio de los derechos humanos en el sector económico; pero en este campo la primera responsabilidad no es del Estado, sino de cada persona y de los diversos grupos y asociaciones en que se articula la sociedad. El Estado no podría asegurar directamente el derecho a un puesto de trabajo de todos los ciudadanos, sin estructurar rígidamente toda la vida económica y sofocar la libre iniciativa de los individuos”.

“[Las] deficiencias y abusos del [Estado asistencial] derivan de una comprensión inadecuada de los deberes propios del Estado. En este ámbito, también debe ser respetado el principio de subsidiariedad. Una estructura de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándola de sus competencias”.

“Al intervenir directamente y quitar responsabilidades a la sociedad, el Estado asistencial provoca la pérdida de energías humanas y el aumento exagerado de los aparatos públicos, dominados por lógicas burocráticas más que por la preocupación de servir a los usuarios, con enorme crecimiento de los gastos. Efectivamente, parece que conoce mejor las necesidades y logra satisfacerlas de modo más adecuado quien está próximo a ellas o quien está cerca del necesitado”. (N° 48).

ciudades no deben cercenarse. Los seres humanos sanos no deben ser reducidos a una semipermanente dependencia .

Puesto que el problema de la cesantía va de la mano con el sistema de libre mercado, especialmente bajo las presiones de la competencia internacional y el raudo cambio tecnológico, es particularmente necesario prestar atención a las penurias de los temporalmente cesantes, en parte para asegurar que la cesantía sea temporal y lo menos perjudicial posible para las familias. Se precisa en la actualidad de mucha más previsión respecto de la obsolescencia tecnológica y de los cambios que en el pasado.

Tanto a nivel nacional como internacional, los problemas de la pobreza no desaparecerán en el capitalismo. Pero, ciertamente, la magnitud de ellos disminuirá más ostensiblemente que bajo las otras dos alternativas existentes: el socialismo y la sociedad tradicional del Tercer Mundo. La combinación de democracia y capitalismo no traerá consigo el paraíso terrenal, pero hará más por liberar a los pobres de la pobreza y la tiranía, y más por dar libre curso a su creatividad, que cualquiera otra alternativa conocida. En otras palabras, la combinación de democracia y capitalismo es un mal sistema. Pero los otros son peores. Esta no es precisamente una aprobación campaneante. Pero el mundo real no es una utopía, y las utopías han tenido una historia muy cruenta en nuestro siglo.

Incluso si se dice que *Centesimus annus* no representa “dos hurras por el capitalismo”, para un sistema realista, enraizado en la Biblia, que se encuentra a este lado del Final de los Tiempos, un hurra es suficiente.

Entretanto, hay mucho trabajo que realizar para que los miles de millones de pobres del Tercer Mundo puedan incorporarse al sistema de la libertad y de la creatividad. Y mucho que hacer también para ayudar a los pobres de los países avanzados. Sólo en este problema de la pobreza, sin entrar a considerar los asuntos de orden político y moral/cultural, estamos lejos de haber cumplido nuestro deber cristiano y humano. □